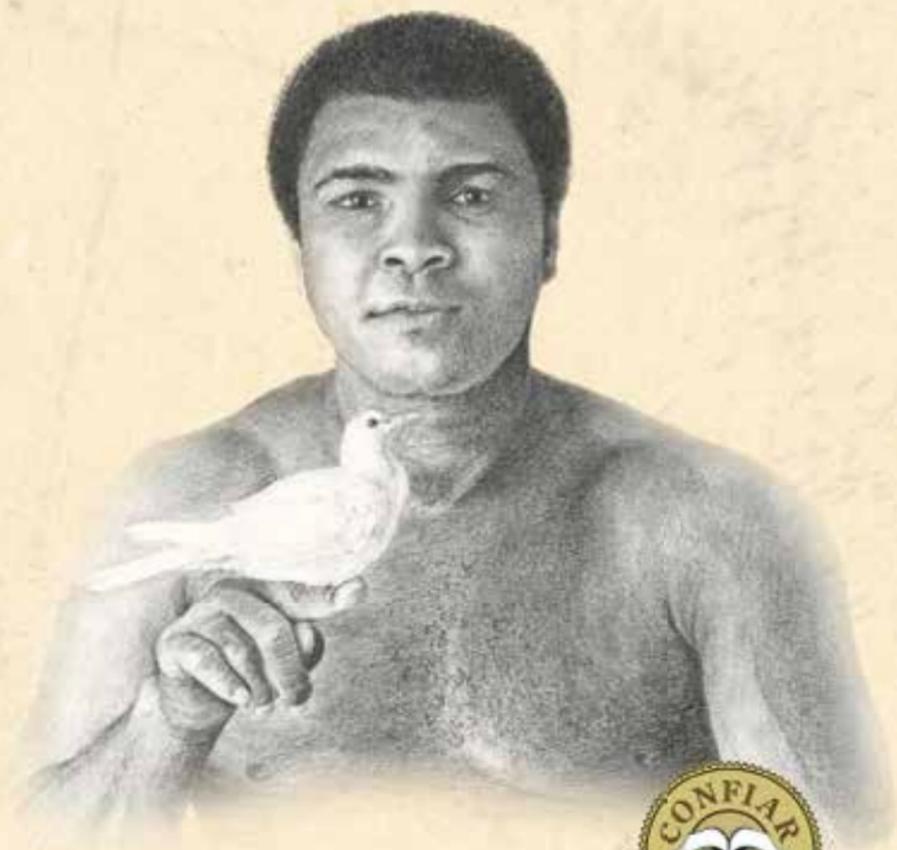


CASSIUS MARCELLUS CLAY



# El gran desobediente



CASSIUS MARCELLUS CLAY

---

# Muhammad Ali

---

**El gran desobediente**

Primera edición  
Medellín, septiembre de 2016

Edita:  
**CONFIAR Cooperativa Financiera**  
Calle 52 N.º 49 - 40 Tel: 448 75 00 Medellín  
[www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)

ISBN: 978-958-59665-0-5

Diseño e impresión:  
**Pregón S.A.S.**

Este cuadernillo es divulgación educativa y cultural, no tiene valor comercial y su distribución es gratuita. Su producción se deriva de los excedentes generados con los Asociados y Ahorradores de **CONFIAR Cooperativa Financiera**, en el ejercicio cotidiano de hacer ahorro y crédito con solidaridad para el bien vivir. Derechos Reservados.



## Índice

Muhammad Alí, “soy un poema” .....	5
Reencuentros .....	9
<i>Marco A. Mejía T.</i>	
Alí, el gran desobediente.....	27
<i>Reinaldo Spitaletta</i>	
Él, en cambio, era historia .....	31
<i>Jorge Giraldo</i>	
El Alí de Gay Talesse.....	37
El Combate, según Norman Mailer.....	47



## Muhammad Alí, “soy un poema”

Quizás sea un azar o una suma de coincidencias lo que dio origen a una de las más ignominiosas páginas de la historia: el auge de la esclavitud y su aceptación social en el mundo de la modernidad durante una época ávida de colonizaciones, conquistas, despojos, saqueos, destrucción de culturas y tráfico humano. Los Estados Unidos crecieron vertiginosamente por la imposición de esta absurda acumulación de mano de obra que puso a circular a millones de personas negras arrancadas violentamente de su tierra de leones y vendidas en los territorios americanos.

Esa condición de inhumanidad polarizó la sociedad norteamericana; las contradicciones afloraron, pero al final de la marea triunfó el movimiento abolicionista, entre cuyas filas un hombre blanco, Cassius Marcelo Clay, nacido en las extensiones de Madison, abogó por la libertad

de esclavos en abierto desafío a las prácticas esclavistas de su padre, el temido y odiado Green Clay. Ni la crueldad del padre ni la tímida y legalista causa del hijo merecerían mayor recordación, sino fuera porque Cassius Clay fue el primer nombre de uno de los iconos que puso a temblar la segregación racial agazapada en la institucionalidad americana. En 1964 adoptaría el nombre de Muhammad Alí, el boxeador que se convenció de ser un poema a golpes, y quien desechó el nombre y el apellido puestos por su padre en el bautizo, para evitar la carga de llevar el apelativo Clay, un linaje al cual no pertenecía. Su origen, así como el de todos los esclavos, provenía de los clanes del África ardiente.

Su muerte desempolvó la figura de un hombre que gastó sin medida la fama que, literalmente, logró a golpes para encausarla hacia la denuncia de la discriminación que campeaba a lo largo y ancho del territorio norteamericano. Aulas, bares, buses, almacenes, parques y escenarios públicos ostentaban sin recato el aviso “No se permite la presencia de negros.” La de él tampoco, la del campeón olímpico que lucía su medalla a toda hora y a quien se le negó la atención en un restaurante de su natal Louisville; podía ser campeón, pero era negro y eso era como ser nada. La medalla que arrojó y se llevó el río, le dio el coraje de desafiar las exclusiones y decidió ponerle guantes a su lengua. “Soy el más grande... soy hermoso... soy

un poema... soy el mejor." Lo decía a boca de jarro en la radio, en la televisión, en las entrevistas, en los periódicos y revistas, en todas las ocasiones posibles que le servían de micrófono para hacer sonrojar a los más arrogantes blancos. Lo hacía también en vivo, cuando se colaba con aquellos lujosos carros que millones de blancos no podían comprar y los paseaba por sus exclusivos barrios en donde nunca se veía por sus calles la mancha de un negro. ¿Pero quién se podía imaginar que tras las ventanillas polarizadas del más codiciado de los automóviles había un negro? El más grande, el más hermoso, el mejor, el poema a golpes.

La historia oficial recuerda al que han llamado el mejor boxeador del siglo XX, esta apreciación es mayoritaria, pero desde **CONFIAR** validamos su memoria en esta publicación más allá de la significación de su gloria deportiva, para mostrar el perfil de un hombre que impactó la cultura de los turbulentos años sesenta: Andy Wharol lo hizo suyo incluyéndolo en la galería de los colores de su revolución estética; los Beatles lo hermanaron a su cuarteto musical, y Elvis Presley le cobijó con su amuleto de la fama. Pero fue su postura política la que logró generar el respeto mundial, la cual se inició con su negativa a enrolarse en la guerra de Vietnam y continuó con su abierta cercanía al líder de la causa negra Malcom X y su conversión al islamismo, haciendo dúo con otra de las figuras de la época, el cantante Cat Stevens.

Y él mismo, el gran bocón, se valió de esa estrategia de propaganda ofensiva para enfrentar la violencia social y discriminatoria que el mundo consentía, indiferente al derecho internacionalmente reconocido de la igualdad de todos los hombres. La suya fue una pelea social y solidaria que nos motiva a repasarla en el cuadrilátero de estas páginas.

## Reencuentros

Por Marco A. Mejía T.

Curiosamente tengo cierta cercanía con el boxeo, un deporte que indudablemente está cargado de una dosis de crueldad, ejercicio sangriento que puede estar en una página de Shakespeare disputándole fiereza a cualquier batalla. No lo justifico y sin embargo estoy ligado a él. En primer lugar, por circunstancias afectivas: mi padre era ciego y aficionado al boxeo y por eso me enviaba a ver las peleas, que él oía por la radio, para que se las describiera después. Una segunda razón para semejante gusto la validé, con cierta disculpa estética, porque la afición la encontré también en Julio Cortázar con vehemente pasión, evidente tanto en su cuento sobre el boxeador *Torito*, como en sus decididas confesiones sobre su fiebre deportiva que lo llevaron a aceptar la nominación del boxeo como “el arte noble”. Y eso lo entendí cuando vi ese inmenso retrato

del boxeador Jake Lamotta a manos del director norteamericano Martín Scorsese en *Toro Salvaje*, encarnado por un impresionante Robert de Niro, quien se tomó muy en serio su papel de boxeador sometiéndose a rigurosos y continuos entrenamientos en el gimnasio.

Una última circunstancia que explica mi inexplicable afinidad con los guantes de pelea la debo a mis pocas dotes deportivas; como no me eximieron de la práctica obligatoria durante mis estudios de Filosofía en la universidad, elegí boxeo y pasé todos los miércoles de un semestre golpeando un saco durante 45 minutos. Por carencia de un rival en la prueba final no hubo necesidad de un combate, y logré aprobar el área con un trabajo escrito sobre el boxeo y la literatura.

He sentido siempre una inevitable fascinación por la figura de Alí, su vida en el boxeo inmersa en contradicciones, desafíos, derrotas y muchos triunfos, en la que no faltó una alta dosis de teatro burlesco. Su carrera deportiva, unida a su lucha política y convicción religiosa, ha generado toda una mitología en la cual surge Clay o Alí, el boxeador o el musulmán, el fanfarrón o el activista, el muro humano o el tembloroso medallista que llevó la llama olímpica en Atlanta en el año 1996. En suma, el mundo se ha permitido escoger su versión de Alí, en la que él es esto o lo otro;

pero en el todo aparece la leyenda de un personaje que dignificó la condición de los negros, usando el poder de su fama y arriesgándola incluso, ante la desaprobación de quienes ostentaban su representación en el oscuro mundo de los negocios del boxeo.

En estos *Reencuentros* aparecen algunos destellos del hombre y del boxeador, su resistencia a golpes, su hermosa rebeldía, el poeta, el músico, el luchador, el mago, el rostro captado por Andy Warhol y su rostro mismo multiplicado en una causa política, religiosa y antirracial que, a fin de cuentas, por fortuna, no fue otra de tantas causas perdidas. Como no le fue posible lograr que le sirvieran un café y un perro caliente usando su medalla olímpica como moneda, pudo, en la famosa entrevista que dio para la cadena inglesa de televisión BBC en 1971 y que millones vieron y siguen viendo, cuestionar sin restricción: ¿Por qué Dios es blanco, y Tarzán blanco y el Presidente blanco y el palacio de gobierno es una Casa Blanca?

Él supo triunfar en su vida boxística y eso lo reconfirma la publicación de la Taschen, *Muhammad Alí. El más grande de todos los tiempos*, un libro que fue presentado en la Feria de Frankfurt en octubre del 2003. Cuatro años de investigación y recopilación para dar cuerpo a un libro de 38 kilogramos de peso, con formato de medio metro y más de

800 páginas que retratan “al más grande” en una edición tan monumental como la del hombre mismo. Se demoró menos la impresión de aquel libro que la firma de Alí, quien debió emplear más de un año para autografiar los 10.000 ejemplares, antes de su presentación pública en Alemania.

Sin embargo, su mayor triunfo fue su inquebrantable lucha por la defensa de la causa humana, negra o blanca, y así lo expresó en la presentación del libro, acompañado por súbitas tembladeras del mal de Parkinson que le diagnosticaron en 1984:

“Quiero que me recuerden como a un hombre negro que ganó el título de peso pesado en el boxeo, alguien con sentido del humor que trató bien a todos. Que jamás despreció a nadie, alguien que ayudó a su gente en lo económico y en la lucha por la libertad, por la igualdad y la justicia”.

## **1**

### **Cassius Clay, ¿el poeta?**

No es Whitman escribiendo versos en el lomo de las hojas de los árboles, pero sí es el hombre que se cantó a sí mismo, celebrando anticipadamente sus batallas contra el mundo, y ese canto no era, en ningún caso, la metáfora innovadora sino el desafío audaz, el golpe de habla directo a los oídos del mundo, vociferaciones contra los modales y la modestia para autoensalzarse en su figura irreverente.

*Yo soy un sabio del boxeo,  
un científico del boxeo.  
Esa es una realidad  
científicamente demostrada.  
Allá ustedes si olvidan,  
por su cuenta y riesgo,  
que soy un maestro del baile,  
un gran artista.*

Quería escandalizar con justa causa, porque no concebía la aceptación generalizada de la humillación que sufría la gran masa de afrodescendientes en el país de la esperanza blanca. Únicamente la fama les abría espacios a los excluidos, eso lo supo por lo que Louis Armstrong y todos los artistas cómo él lograron en la escala de aceptación, pero la mayoría callaba bajo la sumisión que dejaba intocable la fama. Él no. Él mandó a los infiernos todo tipo de complacencias y hasta sus aduladores y detractores tuvieron que aguantarle sus elegías al ego, porque su mano en el ring era una mina de oro. Se dio el lujo de proclamar su hermosura, un “macho” que se proclama bello y además negro fue una picadura incesante de mosco venenoso. Repitió hasta la saciedad sin ruborizarse su oración favorita: “Soy el más grande... tus puños no logran golpear lo que tus ojos no pueden ver”. Y a su temible arma, la mano de hierro, y a la masa de acero que era su cuerpo de resistencia sádica, les añadió lo que quizás ningún boxeador (como lo

dijo el irlandés Barry Mc Guigan: “soy boxeador porque no pude ser poeta”) había tenido: una inteligencia mordaz y una ironía estética.

*¡Soy duro!...*  
*He estado talando árboles...*  
*Me he peleado con un aligátor...*  
*Me he pegado con una ballena...*  
*He esposado al trueno*  
*y he metido al rayo en la cárcel.*  
*La semana pasada asesiné a una roca,*  
*lesioné a una piedra*  
*y mandé al hospital a un ladrillo.*

Era un poeta quizás porque el rayo temible también lo es, era un poema de las tablas porque hizo del ring un escenario en el que dio vida a su emblemática tonadilla: “sutil como una mariposa, veloz como la picadura de una abeja”. Era un poeta y un poema, no porque lo dijo o lo escupió en la cara de medio mundo sino porque el verso más intemporal es aquel que rompe cadenas o desata tempestades. Muchos grilletes logró liberar en sus batallas por la dignidad negra y muchas tempestades hicieron resguardar a quienes pretendieron manipularle para que se portara bien y no hiciera enojar a los amos del gran negocio del boxeo. Muhammad Alí, el hombre que quiso ser grande para seguir siendo negro, o quizás para ganar un título que escasamente se lograba en cuadrilátero, el del poeta, el del poema a golpes.

*Esta es la leyenda de Cassius Clay  
El más hermoso boxeador del mundo, amén.  
Él suele hablar mucho y fanfarronea aún más  
sobre su increíblemente rápido golpe muscular.  
Sí, yo soy el hombre del que trata este poema,  
el próximo campeón del mundo sin ninguna  
pena.  
¡Él es el más grande! ¡Sí!  
Este poema habla sobre mí,  
seré campeón del mundo, porque esto es así.  
¡Soy el mejor!*

## 2

### **El quinteto de Liverpool**

A principios de febrero de 1964 un desanimado editor deportivo del *New York Times* envió de las reservas del grupo de reporteros a un joven inexperto, de nombre Robert Lipsyte, a cubrir en Miami Beach la pelea entre el campeón de los pesos pesados Sonny Liston y un joven bravucón que ostentaba una medalla olímpica extraviada y que decía llamarse Cassius Clay. Poco se esperaba de aquel encuentro, ni siquiera cinco rounds para que el retador terminara fulminantemente en la lona.

Proveniente de Londres, arribó a los Estados Unidos un cuarteto de rock famoso por las multitudes de jóvenes que la policía británica debía dispersar con mangueras de presión. Eran los

Beatles. Querían provocar lo mismo en el territorio norteamericano, pero primero debían conquistar las multitudes y destrozar muchos corazones. Ese también era el propósito del desafiante boxeador. Y coincidieron en fecha y en lugar. Allí estaban los cuatro de Liverpool, en el Gimnasio de la Quinta Avenida preguntando por el posible campeón.

En realidad la visita era una inesperada estrategia publicitaria para promover la pelea. Liston rechazó de tajo dejarse ver por unos jovencitos amanerados; Clay, en cambio, se sintió atraído por la rebeldía de estos músicos con melena. Algo los unió en aquel momento cuando Robert Lipsyte tomó la foto del gigante que lanzó el golpe fingido y derribó como un dominó a los cuatro músicos que seguían su juego. “Eres de los nuestros, eres el quinto”, escuchó Clay, que intuía algo grande en estos hijos pródigos de la reina.

El veterano Jimmy Cannon, el más popular comentarista deportivo del boxeo y cuyo nombre se inscribiría en el Salón Internacional de la Fama, no pudo asimilar el encuentro, pero su rechazo lograría reflejar perfectamente lo que temía la sociedad de los años sesenta asustada por las transformaciones que sacudieron las raíces de las viejas generaciones.

“Clay es parte del mismo movimiento que los Beatles. Clay encaja perfectamente con esos cantantes que nadie logra oír, y con los punks

montados en sus motocicletas, y con Batman, y con los chicos de melenas sucias, y con las chicas con aspecto de no lavarse nunca, y con los universitarios bailando desnudos en reuniones secretas, y con la rebelión de los estudiantes que todos los primeros de mes reciben dinerito de sus papás, y con los pintores que copian etiquetas de sopa, y con los vagabundos que se niegan a trabajar, y con todo el traído y llevado culto de los niños mimados y aburridos”.

Clay conquistaría la corona de los pesos pesados. Los Beatles conquistarían el público americano y el ámbito musical mundial. El más grande (boxeador) y los más grandes (músicos) sumarían cinco huellas que quedaron plasmadas en aquellas fotos que lanzaron también a la fama al joven reportero Robert Lipsyte.

### 3

#### **Las dos figuras en la sala de nadie**

En la diatriba del columnista Jimmy Cannon sobre el encuentro entre Alí y los Beatles se menciona la degeneración del arte por validar la estética de unas latas de sopa. El desencantado periodista deportivo alude a la obra de Andy Warhol, cuya primera exposición en la Galería Ferus de Los Ángeles abrió la puerta al arte pop. Su informalidad temática era sin duda un cuestionamiento a la rimbombancia y una burla a la solemnidad del

arte a favor de su expresión popular. Fue un escándalo y una revolución tan contundentes como los golpes del boxeador y el rock ligero de los Beatles.

El nombre de Warhol, el de Alí y el del cuarteto de Liverpool eran sonajeros del escándalo cultural en el año de 1962, como lo fue también, a su modo, el grito inaudible de Marilyn Monroe cuyo suicidio ocurrió el 5 de agosto, un día después del cierre de la exposición de Warhol en Los Ángeles. El artista la persiguió tras su muerte y realizó la serie del rostro de aquel ícono de Hollywood que entró fatalmente a su ruina mental, porque no encontró el alma de aquel mundo que se rindió a sus pies. A Warhol le interesaba la frivolidad del mito, la nada detrás de la fama, la idolatría a la apariencia escenográfica de los ensalzados por la voraz industria del espectáculo. No hay nada allí, únicamente un rostro con el movimiento consabido de la sonrisa pública, lo demás es color, dominio del color sobre una imagen plana y un rostro reconocible por los millones de miradas que la han consumido asentada en su trono de diva.

Años después, Warhol emprendería el proyecto de los *Atletas*, comisionado por Richard Weismann. El universo del deporte le era desconocido y poco le importaba, pero más allá del encargo de Weismann encontró cierto sentido al encarar a quienes debían su fama al movimiento. Alí estaba en aquella galería de figuras; no fue un encuentro

fácil, el boxeador se negó a firmar el cuadro como si lo habían hecho los demás deportistas. Warhol debió esperar un año para conseguir la firma. En el retrato, el movimiento está en el puño y la tensión en la mirada del boxeador. La imagen de Alí por Warhol circuló con tanta popularidad como en su momento rodó mundialmente la de Marilyn Monroe.

La fama de Alí comenzó con su triunfo en los Olímpicos en 1960. David López, en su crónica “El día que Muhammad Alí dejó de ser Cassius Clay”, publicada por *Vanity Fair*, describió así aquel año de connotaciones:

“Aquel otoño de 1960 fue, sin duda, especial. Tras haberse estrenado *Psicosis* en los cines, los moteles de carretera norteamericanos no volverían a ser vistos sólo como lugares de paso. La diva rubia Marilyn Monroe, que había excitado pocos meses antes a sus compatriotas en *Ellos las prefieren rubias*, se divorciaba de Arthur Miller y aceleraba en la recta final de su vida. Y Cassius Clay se exhibía por primera vez al mundo al mismo tiempo que un aceitado Kirk Douglas daba vida a otro esclavo liberado en los cines con *Espartaco* y que Elvis Presley, a quien Clay adoraba, reinaba en las listas de éxitos con un profético *It's now or never* (ahora o nunca).”

No coincidirían Monroe y Alí, pero Warhol sin pretenderlo los juntó, ella reflejada sin el carácter propio del retrato, inmóvil, destacada esencialmente en el color del cabello rubio; en cambio a él le otorgó el aire del movimiento en la mano enguantada. Así se encontraron el bello bestia y la rubia bella. No en la vida real, sí en una sala vista por nadie, en las dos imágenes de Andy Warhol.

#### 4

### **Stand by me: Cuenta conmigo**

Nunca imaginamos que el tesoro de todas las músicas perdidas que apenas sí escuchamos por la radio —pues escasamente el vinilo impreso en Norteamérica o Europa llegaba a nuestras manos— lo encontraríamos en un cofre abierto para quien quisiera hurgar en las entrañas de su espacio virtual. “Piratas” de todo el mundo fueron depositando sus nostalgias y millones de usuarios pudieron acceder a las joyas perdidas de las melodías y de las imágenes. No sólo piratas, también disqueras y estudios de sonido fueron volcando sus archivos en ese universo virtual de You tube.

Todavía me sorprendo como usuario de ese portal que prodiga, en mi caso, una memoria visual extraviada, y suelo buscar lo que hasta antes del 2005 era prácticamente inhallable. *Stand by me* es una de esas melodías unida a un recuerdo colectivo, y que se coló tanto por el hechizo de su música como por

la historia que esa canción ha marcado a través de sus millones de interpretaciones y la recordación, que la han puesto entre las 500 mejores canciones del recién ido siglo XX.

Tengo mi fervor por la versión original de Ben E. King, magistral interpretación que volvió a escucharse en 1986 tras el estreno de la película *Cuenta conmigo*, dirigida por Rod Reiner, que trae en la banda sonora la voz desgarrada de Ben E. King, propia del aporte musical negro. En ese ámbito de lo impensable surgen sorpresas gratas, una de ellas es la obra que da origen al guion, la obra de Stephen King, un autor que cuestionan por sus célebres páginas de terror, pero que tiene en su otra faceta, memorables obras como la que da origen a esta modesta obra maestra y que fue llevada al cine con meticulosa artesanía.

Hay cierta lúdica de ruleta cuando se le pide al portal un título. De *Stand by me* aparecen múltiples versiones; la virtud de su ritmo y de su letra ha cautivado a prestigiosos y consagrados artistas: Sting, U2, Jhon Lennon, Sumo, y circula con renovada aceptación la conexión mundial que realizó Playing For Change de una grabación en vivo con músicos de diferentes países en sus lugares de origen. Entre las apariciones aleatorias encuentra uno, quién lo creyera, la interpretación de un joven negro que en el 62 alcanzó fama mundial: aún se llamaba Cassius Clay. En el disco

se dejan escuchar, entre campanas de cuadrilátero, los versos escritos por la poetisa Marianne Moore adobados por las amenazas de Clay e intercalados por la fugaz aparición de la voz del comentarista deportivo Howard Cossell. Una especie de ring vocal y musical que deja para el final dos temas: *The Gang's All Here*, con el acompañamiento del cantante de soul y radical activista Sam Cooke, y la hoy legendaria *Stand by me*, interpretada por el desafiante boxeador de Luisiana, sobria tanto en su voz como en el acompañamiento musical, sin el alcance melancólico de Ben E. King, pero con una sutileza que suaviza todo el griterío de los versos que acompañan los otros cortes del disco.

No se equivocaron los ejecutivos de Columbia Records por el éxito del disco *I Am the Greatest*, que logró ubicarse entre los mejores temas de la época y alivió la apuesta de aquel ensayo insólito por las jugosas ventas. El tema *I Am the Greatest*, que da título a la producción, recrea los sonsonetes delirantes de la grandeza del boxeador que dejaba estupefactos a seguidores y detractores. “Que soy el mejor, todo el país lo sabe, así que no tengo nada más que repetir el eco de esa sabiduría del pueblo y yo les digo: Soy el más grande.”

Alí, que conocería su única derrota por nocaut en 1971 a manos de Joe Frazer y vería su mandíbula destrozada por la golpiza de Ken Norton en 1973, también sería derribado por un músico

que admiraba: Elvis Presley. Asistía a una de sus presentaciones en el año de 1972 y luego fue recibido por el cantante en su camerino. Les unía la fama y les unía una canción: también Elvis había realizado a mediados de los sesenta una versión de *Stand by me*. Conversaron y discutieron sobre deportes y se desafiaron para demostrar cuál deporte era más útil, el karate o el boxeo. Se retaron. El sorprendido Alí se vio en el suelo tras la inesperada patada de Presley, que ostentaba ser cinturón negro. Así nació esta amistad entre el cantante blanco que popularizó muchos momentos de la música negra y el boxeador negro que bailaba como un Elvis en el ring. En 1973 Alí recibió un regalo del rey del rock and roll, una bata deportiva incrustada en diamantes que usó en la pelea con Ken Norton y que jamás volvió a ponerse por haber sufrido con su estreno el sabor de la derrota.

A los pocos meses de la grabación y luego de conseguir el título mundial en 1964 al noquear al campeón Sony Liston, dejaría tanto su nombre como sus ímpetus musicales y tomaría el nombre de Muhammed Alí, al convertirse a la religión musulmana. El rebelde activista negro motivaría a muchos artistas para hacerlo suyo en temas y canciones que complementan el retrato de quien se proclamó a sí mismo un artista del boxeo. Su nuevo nombre dio vida a la pieza *Alí Shuffle*, del veterano de Missouri Alvin Cash. Muy próxima a

su victoria ante Sony Liston en 1964, se escuchó *La Balada de Cassius Clay* del grupo The Alcorns y el blues de Eddie Curtis *Louisville Lip*, que resaltaba los airados desafíos de aquel a quien nadie lograba hacer callar. Los tiempos que suelen cambiar con el vértigo de los años continuaron dando visos de la vida de Alí, vista desde la música y desde los cambios expresados ahora en las improvisaciones de hip-hop y rap que emularon sus rimas sardónicas o revivieron su imagen bajo el misticismo profano del reggae *Cassius Clay* de Dennis Alcapone, o con la famosa *Black Superman* de Johny Wakelin, que llevó a la música la amenaza poética del boxeador negro “que flota como una mariposa y pica como una abeja.”

La letra de la canción *Stand by me* acompañaría muchas de sus decisiones a lo largo de su vida. En 1966, cuando se negó rotundamente a reclutarse para la guerra de Vietnam, su causa anticipó la oposición pública a esa guerra que tanto le costó a Estados Unidos y que nadie antes se atrevió a criticar de viva voz. Su convicción desató la solidaridad mundial. En su autobiografía, Alí escribiría: “En aquellos días me sentí solo. Veía en la Nación del Islam la liberación del pueblo negro de la subyugación y de la opresión. Buscaba libertad, igualdad y justicia”. Y no estaba tan solo, el filósofo Bertrand Russell le llamó para decirle: “Usted ha cambiado el rumbo de la historia.” Y en una carta le escribiría: “Cuente conmigo [porque]

usted habla por su pueblo y por todos los oprimidos del mundo; es símbolo de una fuerza que puede destruir.”

Contó con el Islam porque encontró una variante del amor que le permitía luchar y así se le vio, primero con el controvertido Malcolm X, quien encaminó sus pasos al Islam y nutría sus consignas desafiantes contra la supremacía blanca según recuerda en su Autobiografía: “Cuenta conmigo, ganes o no, le enfatizó Malcolm X, al entonces Cassius Clay antes de su pelea con Sony Liston, pero la fuerza de Alá está contigo, así que cuenta con ella.” Después de la contundente victoria anunció públicamente su adhesión a la Nación Islámica y adoptó su nombre musulmán que mantuvo hasta su muerte.

El día de su muerte Bod Dylan lamentó en una breve nota la desaparición del mito:

“Si la medida de la grandeza fuera la alegría del corazón en cada ser humano sobre la faz de la tierra, él era la más grande. En todos los sentidos era el más valiente, el más amable y el hombre más excelente”.

Bod Dylan y Muhammad Alí se habían encontrado en 1975 en un concierto de protesta por la libertad del Huracán Carter, un boxeador negro que vio truncada su carrera porque fue condenado a prisión injustamente. Dylan hizo de su historia una memorable balada, *Hurricane*, que se escuchó

aquel día, Alí le hizo un prudente coro y desde el escenario entablaron una conversación con el Huracán: *Stand by me*, cuenta conmigo, cuenta con nosotros le dijeron en coro Dylan y Alí.

El mundo ya no puede contar con él desde el 3 de junio de 2016, Alí voló a su posible paraíso como una mariposa. En el ritual fúnebre del Jenazah miles le despidieron. Acompañaba el féretro el otro Alí, Will Smith, el actor que encarnó al boxeador en la película de Michael Mann. La decisión la había previsto el mismo Muhammad para hacerle un guiño a ese viaje que se lleva nuestro cuerpo y deja su memoria en esta tierra. Cerca Yusuf Islam, quien había dejado de ser el famoso Cat Stevens para acoger el Islam, tarareaba no esa melodía de un mundo salvaje que debemos algún día abandonar, sino una canción que recordaba la fugaz incursión del “más grande” en la música, y le despedía en esa soledad del morir, *Stand by me*, cuenta conmigo.

## **Alí, el gran desobediente**

Por Reinaldo Spitaletta

Era un héroe de la Guerra Fría, un adalid de la contracultura de los sesenta, un emblema de la lucha por los derechos de los negros en los Estados Unidos, tanto que, tras ser campeón olímpico, tiró su medalla de oro a un río en protesta porque no le quisieron servir en un restaurante de blancos.

Y que todo esto lo encarne un boxeador, tres veces campeón de los pesos pesados, trasciende lo deportivo para encaramarse en los asuntos de la cultura y la política.

Muhammad Alí, el más grande (así se autoproclamó, y, en efecto, lo era), el que provocó las ganas de ser negros de muchos muchachos blancos, era un insumiso. No solo era un extraordinario boxeador, uno que revolucionó el pugilismo con su baile insólito y su show en las cuerdas, sino un crítico de las injusticias sociales.

Cuando en 1964, en Miami, obtuvo el fajín de campeón mundial al vencer a Sonny Liston, la leyenda comenzó a crecer. La misma que aumentará con su muerte.

A los veintidós años, el que todavía tenía nombre de esclavo (Cassius Marcellus Clay) se perfiló como un negro que no estaba de acuerdo con las discriminaciones y menos aún con una invasión de su país a Vietnam. “No tengo ningún pleito con los tales Vietcong”, dijo al oponerse a ser reclutado para el ejército gringo. El imperio lo sancionó. Le quitaron el título y la licencia para pelear. Volvió en 1970, en un enfrentamiento con el argentino Ringo Bonavena, y así reanudó su presencia única, irreverente y contenta en los ensogados.

Antes, cuando ya era un fenómeno mediático no solo por su esgrima heterodoxa, sino por sus declaraciones, burlas a los rivales, amistad con Malcom X, en fin, los Beatles tuvieron que esperarlo un buen rato para una sesión de prensa. Una fotografía muestra a los cuatro de Liverpool, boca arriba, a los pies del ruidoso boxeador que todavía tenía el nombre de pila. Se lo cambió luego, menos como un asunto religioso que como una demostración de desobediencia y cuestionamientos a un sistema segregacionista.

Muhammad Alí, con su nombre musulmán, perteneciente a la denominada Nación del Islam,

trascendió el boxeo. En este, en el que “flotaba como mariposa y picaba como abeja”, protagonizó combates históricos, como el realizado en Zaire (antes El Congo) con George Foreman, en 1974. Un espléndido reportaje de Norman Mailer, “El combate”, da cuenta de esa suerte de epopeya, con un trasfondo político.

Esta pelea, realizada en Kinshasa, y que recordó a algunos lectores la novela *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, hizo volver los ojos sobre el antiguo Congo belga, dirigido por el dictador Mobuto (llamado El timonel, El redentor, El guía..., que persiguió y fue el verdugo del líder popular Patricio Lumumba). La historia brutal de estos pueblos con un pasado largo de opresiones colonialistas se hizo un poco más conocida con este combate deslumbrante. Aquí se podría recordar una frase de Alí, al que siempre le pareció extraño que Tarzán, el rey de la selva africana, fuera un blanco.

Alí, en los sesenta, encarnó a su modo el “poder negro”, las gestas de los arrinconados por un Estado que nunca ha visto con buenos ojos a los que asumen la resistencia y desobediencia civil contra los atropellos. Alí, danzarín del ring, copó las informaciones y hasta la farándula de aquella época de rebeliones estudiantiles, levantamientos populares en distintas geografías y protagonismo de las culturas (y contraculturas) juveniles.

Las hazañas boxísticas y sus declaraciones, a veces con altas dosis de humor negro, llamaron la atención de grandes reporteros y escritores como Gay Talese, George Plimpton, Joyce Carol Oates, además del ya citado Mailer. “El boxeo es un montón de hombres blancos viendo cómo un hombre negro vence a otro hombre negro”, dijo alguna vez el legendario pugilista.

En un ring africano, Alí pudo escribir una de las más intensas páginas de este deporte (aunque hay gente que opina cómo puede ser el boxeo un deporte). David Frost gritó, cuando Muhammad noqueó a Foreman: “Alí lo ha conseguido. Este es el momento más gozoso de toda la historia del boxeo. La historia resulta increíble. Toda la gente se ha vuelto loca”, según el relato de Mailer en “El combate”.

El 3 de junio de 2016, la muerte propinó un nocaut fulminante al más grande boxeador de la historia, y a un hombre sensible, bocón, irremediable en su modo de ser, que revolcó un tiempo de guerras frías, invasiones imperiales y viajes a la Luna.

## Él, en cambio, era historia

Por Jorge Giraldo

Buenos Aires, algún día del 2004. Un altar en el vestíbulo de una gran librería. Una mesa circular cubierta de terciopelo blanco sostiene un inmenso libro abierto. A su lado, en un atril de cartón un afiche anuncia su contenido: fotografías y poemas de Muhammad Alí. De cerca, dos sorpresas: el anuncio del precio (equivalente a diez millones de pesos colombianos) y un par de guantes blancos, obligatorios para quien desee hojear el volumen.

La red, 4 de junio de 2016. ¿Cómo hablar de Alí? ¿De sus fintas, frases, imágenes, actos? ¿Del campeón, la persona, el héroe? Rápidamente reviso prensa de Argentina, Brasil y Colombia. Se anuncia la muerte de un excampeón mundial de boxeo. A los periodistas del sur del continente se les olvidó ponerse los guantes blancos para escribir sobre Alí. Nunca escucharon a

Toni Morrison, la premio Nobel de Literatura de 1993, cuando les dijo que Alí era “una cosa aparte”<sup>1</sup>.

Pablo era obispo; Spinoza, pulidor de cristales; Miguel Ángel, albañil; Bach, empleado de parroquia; Washington era granjero; Nietzsche, profesor; Pessoa, traductor; Edmundo Rivero, contador; Gómez Jattin, vago. Quien hable así de ellos declara una ignorancia supina... Muhammad Alí, ¿boxeador? “La hierba crece, los pájaros vuelan, las olas acarician la arena, yo boxeo”, dijo alguna vez, anunciando que se trataba solo de un modo de vida. Ese dato básico lo entendieron sus coetáneos más célebres e inteligentes. Los cuatro Beatles corrieron y le hicieron antesala para saludarlo en Miami en 1964; Bob Dylan sonrió (¡sonríe!) procurando abrazarlo en 1975; Norman Mailer y Andy Warhol intentaron hacer obras de arte sobre esa obra de arte de 191 centímetros, 100 kilos, nacida bajo el signo de Capricornio en 1942.

Y es que, pensándolo bien, Muhammad Alí fue la summa de la cultura popular contemporánea, si es posible que exista una. Convengamos en que los años sesenta redefinieron toda la cultura popular, primero de Occidente y después del mundo. Antonio Negri es más radical —es su

---

1 Esta y todas las citas donde no se indique lo contrario provienen de David Remnick, *Rey del mundo*, Barcelona, Debolsillo, 2012.

naturaleza— cuando sentencia que la nueva época, la nuestra, comenzó en 1968. Rock, arte pop, protesta social, derechos civiles, insumisión, libertad, desparpajo, son los ingredientes de la contracultura característica de la segunda mitad del siglo XX, y todos convergieron en la figura del muchacho sureño que ganó la medalla de oro en los Olímpicos de Roma. Dos veces nominado a los premios Grammy de la música, precursor del rap, dueño de una estrella en el bulevar de Hollywood y protagonista de un combate con Superman y de varias películas. Ningún rincón de la cultura del siglo le fue negado y era más hermoso que Brigitte Bardot.

García Márquez también quiso tocarlo (en los tiempos en que Scorsese rodaba “Toro salvaje”). Y es que entre los nuestros solo los caribes parecieron entenderlo. No sé cómo logró Edgar Perea que nuestras cadenas radiales pagaran sus honorarios para ir a transmitir, por ejemplo, el primer Alí-Frazier que me dejó llorando la noche del ocho de marzo de 1971. Tres años después creí que Carmelo Hernández Palencia tenía poderes sobrenaturales cuando pronosticaba contra toda evidencia la victoria sobre George Foreman, en medio de la paliza que este le estaba dando en Kinshasa. Pero no era sabiduría, era fe. La misma fe que hace que Alberto Salcedo Ramos todavía vea brillar en su cuello la medalla que el joven Cassius Clay lanzó al río.

Salcedo le dice en una carta al viento: “No decidiste subir al ring para matar el hambre sino para hacerte oír”<sup>2</sup>. Lo que más irritó a sus detractores fue que se hiciera oír. Uno de sus primeros apodosos fue “The Lip”; cuando se popularizó, él mismo hizo bordar en su bata “The Lip” para su segunda pelea con Sonny Liston. Y no hubo rueda de prensa, programa de televisión, gira o cuadrilátero que no usara para hablar, gritar, proclamar. Desarrolló habilidades para componer un tipo de trova tradicional conocida como *limerick* que ponía por escrito y entonaba en público. Acuñó un apreciable número de aforismos memorables llenos de inteligencia y humor, algunos como haikús que incluyen el poema, “Me. We” o “¿Me? ¡Whee!”, que el escritor español Jorge Hernández tradujo como “Todos somos yo”<sup>3</sup>.

Por los días de aquella pelea en Zaire —no sé si antes o después— entonó: “He luchado contra un aligátor, he forcejeado con una ballena, esposé el rayo y lancé el trueno a una jaula”<sup>4</sup>. Su voz no siempre fue dulce. Como suele suceder, fueron sus frases más ríspidas y crueles las que le dieron

---

2 Recuperado de: <http://prodavinci.com/2012/07/30/perspectivas/historia-ideas/la-medalla-de-muhamed-ali-por-alberto-salcedo-ramos/>

3 Jorge F. Hernández, “Poeta a puñetazo limpio”, *El País*, 4 de junio de 2016.

4 Tessa Stuart, “The Tao of Muhammad Ali”, *Rolling Stone*, June 4, 2016.

la vuelta al mundo y martirizaron los oídos de quienes no querían oír aquellas cosas. Que un negro fuera el más bello, el más grande, que un donnadie pudiera declararse libre de todo lazo. Todavía le dicen arrogante. Floyd Patterson, el primer boxeador de la máxima categoría que recobró el título, confesó que le costó entender que a quien le hablaba de ese modo era a sí mismo. Decir que era el más grande era una manera de convencerse de que tenía que ser el más grande. Y, si puedo hacerlo, no es jactancia, es solo la verdad, añadió Alí. Por supuesto, cuando la lengua es el músculo más poderoso del deportista más hábil de la historia se cometen errores.

Muhammad Alí se opuso a la guerra de Vietnam antes que Martin Luther King, predicó el ecumenismo con más convicción que Juan Pablo II, se anticipó dos décadas a la Unesco en el diálogo de civilizaciones. En el fragor de la rebelión global, y poco antes de morir, Bertrand Russell (1872-1970) —uno de los mayores portentos de la inteligencia del siglo XX— le escribió una carta en la que le decía: “Usted es el símbolo de una fuerza que no pueden aniquilar, es decir, la conciencia de un pueblo entero resuelto a no seguir siendo diezmado y envilecido por el miedo y la opresión”. Alí nos inspiró el arte de no dejarse golpear en la vida, de volar como una mariposa unas veces, soportar con estoicismo otras y picar cuando sea necesario.

La muerte íntima nos hace hiperbólicos. El periodista británico John Carlin, biógrafo de Nelson Mandela, comparó el carisma de Muhammad Alí con el de Aquiles o Napoleón<sup>5</sup>. Más sencillo, aislado de cualquier conmoción, en plena madurez, Patterson —víctima de sus ataques contra el complejo de Tío Tom, de negro sumiso— sacó su conclusión: “Al final comprendí que yo no era más que un boxeador y que él, en cambio, era historia”.

---

5 John Carlin, “Ali: el rey del mundo”, El País, 4 de junio de 2016.

## El Alí de Gay Talesse

Muhammad Alí visitó La Habana en el año de 1996, época de la gran crisis en Cuba, afectada por el derrumbe soviético y la agudización del aislamiento propiciado por EE. UU. Se trataba de una misión humanitaria en beneficio de la entrega de un cargamento de medicinas para tratar de mitigar el desabastecimiento en el país.

Entre el grupo acompañante estaba el impecable y preciso Gay Talesse, figura del llamado Nuevo Periodismo. Talesse realizó un irónico perfil que usó espléndidos brochazos al entorno de La Habana para ambientar el encuentro entre un Alí en tránsito al mutismo y un Castro distraído que avizoraba los encantos del ocaso. El texto se publicó originalmente en la revista masculina *Esquire* y luego hizo parte de la recopilación del libro *Retratos y encuentros*, que publicó en español la editorial Alfaguara.

Talesse introduce la cotidianidad de una ciudad transitada por turistas, ignorantes de una realidad que limitan al son cubano y a los placeres que se imponen por encima de las carencias del día a día. En busca de esos goces, el retrato de Alí se inicia a través de su más cercano e inseparable Howard Bingham, el fotógrafo que durante 35 años ha tenido la misión de captar la existencia visual del campeón mundial. Bingham, quien anda en busca de comprar unos puros y se demora en el regateo, debe entregarle a Fidel Castro la fotografía de Muhammad Alí y Malcolm X caminando juntos por una acera de Harlem en 1963, reproducción firmada por el excampeón para el presidente cubano. También Bingham deberá plasmar el encuentro que en esa noche tendrán Alí y Fidel Castro.

Se ocupa luego Talesse de mostrar a Yolanda, la cuarta esposa de Alí, que entró en su vida justo cuando ya él no era el más grande, sino ese personaje reconocible mundialmente como una gloria del pasado y ahora aquejado por el Parkinson, inofensivo y juguetón, lento y sumiso que se detiene aquí y allá, ante todo aquel que le saluda. Y ahora sí, y puestos ya en su sitio los dos personajes que hacen parte de su vida y la protegen o hablan por su silencio, Talesse hace emerger a ese hombre aprisionado en su enfermedad pero consciente de todo lo que a su alrededor sucede. Le guía el campeón nacional cubano Teófilo Stevenson,

amigo de Alí y a la vez una voz que puede hablarle al oído a Fidel Castro.

La cita es en el Palacio de la Revolución y allí todo el grupo de periodistas invitados, comitiva humanitaria y amigos incluido Alí, se ven obligados a esperar de pie durante media hora en un presunto coctel donde no ronda ni siquiera un vaso de agua. “... *hasta que al fin se oye un suspiro de alivio colectivo. El muy conocido hombre de la barba entra al recinto, vestido para el combate de guerrillas; y con una voz alegre y aguda que se alza por sobre sus patillas, saluda: «¡Buenas noches!».*

*En tono todavía más agudo repite: «¡Buenas noches!»*, esta vez saludando con la mano en dirección al grupo, al tiempo que aprieta el paso hacia el invitado de honor. Y entonces, extendiendo los brazos, el septuagenario Fidel Castro se apresura a eclipsar la parte inferior del rostro inexpresivo de Alí con un blando abrazo y con su larga barba gris.

—*Me alegra verlo*—le dice Castro a Alí por medio de la intérprete que entró siguiéndole los pasos, una mujer atractiva, de tez clara, con un refinado acento inglés—. *Me alegra mucho, mucho verlo*—continúa retrocediendo para mirar a Alí a los ojos mientras sujeta sus brazos temblorosos—, y le agradezco su visita.

*Castro lo suelta, a la espera de la posible respuesta. Alí no dice nada. Su expresión es la de siempre, amable y fija, y sus ojos no parpadean a pesar de los flashes de*

*los varios fotógrafos que los rodean. Como el silencio continúa, Castro se vuelve hacia su viejo amigo Teófilo Stevenson, y amaga un golpe corto. El campeón cubano de boxeo baja los ojos y, ensanchando los labios y las mejillas, dibuja una sonrisa.”*

Y ahí está el Fidel de Talesse, preguntando y repreguntando quién es quién. Ha olvidado inexplicablemente a la compañera de su amigo el campeón Teófilo Stevenson y se deja ir así sin más en un sartal de preguntas a Yolanda, la esposa de Alí — porque éste no está en condiciones de responder— sobre asuntos cotidianos como el frío, la familia, los deportes y todo lo trivial que puede tener una conversación entre dos viejos compadres.

*“... él y Castro compartirían el escenario mundial como dos personajes enfrentados al establecimiento estadounidense; y ahora, en el ocaso de sus vidas, en esta noche habanera de invierno, se conocen por vez primera: Alí callado y Castro aislado en su isla.*

*Comienza a rememorar, pero no termina la frase cuando ve que el puño izquierdo de Alí se alza lentamente hacia su mandíbula. En la sala resuenan vivas y aplausos exaltados, y Castro pega un salto junto a Stevenson y le grita: «¡Asesórame!».*

*Los largos brazos de Stevenson caen desde atrás sobre los hombros de Alí y lo aprietan suavemente. Cuando aflojan, los excampeones se ponen frente a frente y simulan, en cámara lenta, los ademanes de dos púgiles*

*en combate: balanceos, quiebros, ganchos, quites, todo ello sin tocarse y todo ello acompañado de tres minutos de aplausos ininterrumpidos y disparos de cámaras, así como de los sentimientos de alivio de los amigos de Alí, en vista de que, a su manera, se les haya unido. Alí sigue sin decir nada, su cara sigue siendo inescrutable, pero está menos lejano, menos solo, y no se zafa del abrazo de Stevenson mientras este último le cuenta animadamente a Castro sobre la exhibición de boxeo que con Alí había llevado a cabo a principios de la semana en el gimnasio Balado, frente a centenares de fanáticos y algunas jóvenes promesas boxísticas de la isla.*

*Teófilo Stevenson levanta el brazo derecho de Alí sobre la cabeza de Castro, y los reporteros gráficos pasan varios minutos haciendo posar al trío ante las luces titilantes...*

*... Castro se da una palmada en el abdomen, que es relativamente plano. Si es que tiene barriga, la esconde debajo de su bien cortado uniforme. En efecto, para un setentón, parece gozar de muy buena salud. Tiene la tez lozana y firme, sus ojos danzan por el recinto con una vivacidad que no declina, y tiene una lustrosa cabellera gris que no ralea en la coronilla. El cuidado que se pone a sí mismo puede medirse desde las uñas arregladas hasta sus botas de puntera cuadrada, que no tienen raspaduras y brillan suavemente, sin el immaculado pulimento de un criado. Pero su barba parecería pertenecer a otra persona y otra épica. Es*

*excesivamente larga y descuidada. Los mechones blancos se mezclan con los negros descoloridos y le cuelgan por el frente del uniforme como un sudario viejo, curtidos y resecos. Es la barba del monte. Castro se la soba todo el tiempo, como si tratara de resucitar la vitalidad de su fibra.*

*En forma abrupta, Castro pone ahora su atención al otro lado de la sala, donde está ubicada la cámara de la CBS, y le pregunta a Ed Bradley:*

*—¿Ustedes qué hacen?*

*—Estamos haciendo un documental sobre Alí —le explica Bradley—, y lo seguimos a Cuba para ver qué hacía aquí y...*

*La voz de Bradley se ahoga en un estallido de risas y aplausos. Bradley y Castro se dan la vuelta y descubren que Alí ha recobrado la atención general. Sostiene en alto su tembloroso puño izquierdo; pero en lugar de asumir una pose de boxeador, como hizo antes, empieza a sacar por la parte de arriba del puño, lentamente y con delicadeza teatral, la punta de un pañuelo de seda rojo, pellizcándola entre el índice y el pulgar.*

*Saca todo el pañuelo y lo zarandea en el aire durante unos segundos, sacudiéndolo cada vez más cerca de la frente del atónito Fidel Castro. Alí parece hechizado. Mira aún con ojos estancados a Castro y los demás, rodeado de aplausos que no da señas de oír. Procede al fin a introducir nuevamente el pañuelo por la parte de arriba de la mano empuñada, embutiéndolo con*

*los dedos en pinza de la derecha, y abre rápidamente las palmas de cara al público y muestra que el pañuelo ha desaparecido.*

—¿Dónde está? —exclama Castro, que parece de veras sorprendido y encantado. Se acerca a Alí y le examina las manos, repitiendo:

—¿Dónde está? ¿Qué hiciste?

*Cualquiera que haya viajado esa semana en el bus de Alí sabe dónde lo oculta. Lo vieron hacer el truco repetidas veces delante de los pacientes y doctores de las clínicas y hospitales, así como delante del sinnúmero de turistas que lo reconocieron en el vestíbulo del hotel o en sus paseos por la plaza de la ciudad. También lo vieron finalizar cada actuación con una demostración que revelaba el método. Lleva escondido en el puño un pulgar de goma color carne que contiene el pañuelo que va a sacar con los dedos de la otra mano; y cuando vuelve a meter el pañuelo, lo que en realidad hace es estrujar la tela otra vez en el pulgar de goma oculto, en el que luego introduce su propio pulgar derecho. Cuando abre las manos, los espectadores desprevenidos le ven las palmas limpias y no reparan en el hecho de que el pañuelo está apretado en el pulgar de goma que le recubre el pulgar derecho extendido. Compartir con el público el misterio de su magia le granjea siempre aplausos adicionales.*

*Realizado el truco, Alí se lo explica a Castro y le presenta el pulgar de goma para que lo examine. Y,*

*con mayor entusiasmo del que ha exhibido en toda la velada, Castro dice:*

*—Ah, déjame probármelo; quiero probármelo: ¡es la primera vez que veo esta maravilla!*

*Tras unos minutos de adiestramiento por parte de Howard Bingham, que hace ya rato lo aprendió de Alí, el caudillo cubano lo ejecuta con la suficiente destreza y desenvoltura como para satisfacer sus ambiciones mágicas y suscitar otra lluvia de aplausos de los invitados.*

*Llegan por fin unas bandejas con café, té y zumo de naranja, pero en cantidades que alcanzan apenas para Alí y Yolanda, Howard Bingham, Greg Howard, los Stevenson y Castro; aunque Castro les dice a los camareros que no quiere nada.*

*Castro les hace una seña a Alí y los otros para que se le unan al otro lado de la sala, alrededor de la mesa redonda. Los equipos de cámara y el resto de los invitados los siguen, arrimándose todo lo que pueden a los principales. Pero dentro del grupo se puede percibir cierta impaciencia. Llevan de pie durante más de una hora y media. Ya son casi las diez. No ha habido comida. Y para la gran mayoría está claro que tampoco habrá nada de beber. Incluso entre los invitados especiales, sentados y bebiendo de sus vasos fríos o sus tazas calientes, hay un grado menguante de fascinación con la velada. De hecho, los ojos de Muhammad Alí se han cerrado. Duerme.*

*Yolanda se sienta a su lado en el sofá, fingiendo no darse cuenta. Castro también hace caso omiso, aunque está sentado directamente al otro lado de la mesa, junto a la intérprete y los Stevenson.*

*Alí ha despertado. Las bromas entre Castro y Stevenson se reanudan hasta que Yolanda, amagando ponerse de pie, le dice a Castro:*

—Tenemos que hacer el equipaje.

—¿Van a cenar ahora? —le pregunta él.

—Sí, señor —dice ella.

*Alí se levanta junto con Howard Bingham. Yolanda da las gracias directamente a la traductora de Castro y añade:*

—No se olvide de decirle que es siempre bienvenido en nuestra casa.

*La intérprete repite la queja de Castro en el sentido de que en sus viajes a Estados Unidos lo suelen confinar en Nueva York, pero él agrega:*

—Las cosas cambian.

*El grupo deja que Alí y Yolanda pasen adelante, con Castro que los sigue en el pasillo. El ascensor llega y un guardia sostiene la puerta abierta. Castro se despide finalmente, con apretones de mano. Solo entonces se da cuenta de que lleva en la mano el pulgar de goma de Alí. Disculpándose, trata de devolvérselo a Alí, pero Bingham protesta cortésmente:*

*—No, no —dice—. Alí quiere que usted se lo quede.*

*De momento, la traductora de Castro no consigue entender lo que Bingham dice.*

*—Quiere que se lo quede —vuelve a decir Bingham.*

*Bingham entra en el ascensor con Alí y Yolanda. Antes de cerrarse la puerta, Castro sonríe, se despide con la mano y se queda mirando con curiosidad el pulgar de goma. Y después se lo guarda en el bolsillo.*

*Retratos y encuentros*

Gay Talese

Alfaguara, 2010.

## El Combate, según Norman Mailer

Quizás la más famosa o mediática pelea de Muhammed Alí ocurrió el 30 de octubre en Zaire bajo la dictadura del malogrado Mobutu, en el año de 1974, durante el periodo de nacionalización que despertó ciertas simpatías entre los activistas negros en el mundo. Eso explica el despliegue musical de los grandes de la salsa antes del combate y la expectativa mundial para que se escuchara ese “rugido de la selva” centrada en el desafío entre George Foreman y Muhamaad Alí quien iba tras la posibilidad de recuperar el título mundial que ostentaba el despiadado Foreman.

Norman Mailer, estuvo allí, antes y después, y logra captar ese universo invisible que no se percibe en la pelea: los entrenamientos, el espionaje, los golpes verbales, los miedos reales, el momento de verdad y las consecuencias de un combate que escondía bajo su manga un tinglado político.

Compartimos un fragmento de su obra considerada como la más dramática y lúcida narración del deporte nombrado como el *arte noble* y visto desde el despliegue narrativo del periodismo de no ficción.

## **El vestuario**

*Norman Mailer*

Era un vestuario deprimente. Tal vez se pareciera a los lavabos del metro de Moscú. Espacioso, con redondas columnas revestidas de azulejos blancos; hasta el papel de la pared era blanco. Por consiguiente, se parecía también a un quirófano. En aquel depósito de cadáveres, todos los gemidos quedaban amortiguados. Había azulejos blancos por todas partes. ¡Menudo sitio para prepararse!

Los hombres allí reunidos no irradiaban más alegría que el escenario que los rodeaba. Se encontraban presentes Dundee, Pacheco, Plimpton, Mailer, Walter Youngblood, Pat Petterson, Howard Bingham, el hermano de Alí, Rachman, su entrenador, Herbert Muhammad, su director comercial, Gene Kilroy, Bundini, un turco pequeño y rechoncho llamado Hassan y su sparring Roy Williams; pero ninguno de ellos sabía qué decir.

—Pero, ¿qué pasa aquí? —preguntó Alí mientras entrenaba—. ¿Por qué estáis todos tan asustados? ¿Qué os ocurre?

Empezó a quitarse la ropa y, con un simple taparrabos, empezó a brincar por la estancia y a boxear al aire.

Roy Williams, ya preparado para subir al ring y pelear el penúltimo combate con Henry Clark, se hallaba sentado sobre la mesa de masajes. Por culpa de un error de cálculo de los demás, había llegado al estadio en el convoy, demasiado tarde para disputar el penúltimo combate a diez asaltos. Tenían el propósito de que saliera a pelear una vez finalizado el gran acontecimiento, lo cual no constituía una perspectiva demasiado halagüeña para un boxeador.

—¿Estás asustado, Roy? —le preguntó Alí danzando a su lado.

—De ninguna manera —repuso Williams con voz densa y tranquila. Era el más negro de la estancia y también el más amable.

—Vamos a bailar —dijo Alí, deslizándose por el pavimento y divirtiéndose cada vez que estaba a punto de chocar con una de las columnas que se encontraban a su espalda. Poseía, al igual que un niño pequeño, el sentido de los objetos que tenía detrás como si el círculo de sus sensaciones no terminara en la piel.

Ya lo creo —gritó—, le vamos a pinchar —y siguió lanzando golpes al aire.

Con la excepción de Roy Williams, constituía la única presencia alegre.

—Creo que estoy más asustado que tú —le dijo Norman al sentarse Alí para descansar.

—No hay nada que temer —dijo el púgil—. Se trata simplemente de un día más en la dramática vida de Muhammad Alí. Para mí no es más que un día duro en el gimnasio —se dirigió a Plimpton—. Me asustan las películas de terror y los truenos. Los aviones a reacción me dan miedo. Sin embargo, no tiene uno por qué asustarse de algo que pueda controlar con su propia habilidad. Por eso Alá es el Único que me aterriza. Alá es el Único con el que tienes que encontrarte independientemente de tu voluntad. Es el Único y no tiene socios —la voz de Alí estaba adquiriendo volumen y compasión; como para evitar utilizar demasiada fuerza en su sermón, prosiguió con voz más pausada—: No hay por qué asustarse. Elijah Muhammad ha pasado por cosas que dejan esta noche en nada. Y, a mi modesta manera, yo también he pasado por tales cosas. Subir al ring la primera vez con Sonny Liston supera cualquier cosa que George Foreman haya hecho o que yo tenga que volver a hacer. Como no sea el hecho de vivir con las amenazas contra mi vida tras la muerte de Malcom X. Auténticas amenazas de muerte. No, no tengo miedo de esta noche.

Se apartó velozmente de los periodistas, como si hubiera finalizado su minuto de descanso en el rincón, y siguió boxeando al aire y jugando con

algunos amigos contra los que lanzaba golpes que se detenían a dos centímetros de sus ojos. Al acercarse a Hassan, el turco bajito y gordo, extendió el largo pulgar y el largo dedo índice y le pellizcó el trasero.

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, el estado de ánimo que reinaba en la estancia apenas mejoró. Era como el rincón de un hospital en el que los familiares aguardan el resultado de una operación. Alí dejó ahora de bailar, sacó la bata que iba a lucir en el cuadrilátero y se la puso. Era una larga bata de seda blanca con un complicado estampado en negro, y su primer comentario fue: «Es una auténtica bata africana.» Se lo dijo a Bundini, el cual lo miró con la resentida mirada de un niño al que se ha negado una recompensa que se le había estado prometiendo durante una semana.

—Bueno —dijo Alí al final—, vamos a ver tu bata.

Bundini mostró ahora la prenda que había traído para Alí. Era también blanca, pero con unos ribetes verdes, rojos y negros, que eran los colores del Zaire. Sobre el corazón aparecía bordado un mapa del país en verde, rojo y negro. Bundini lucía una chaqueta blanca que hacía juego. Alí se probó la bata de Bundini, se miró al espejo, se la quitó y se la devolvió a Bundini. Se puso de nuevo la primera bata.

—Esta es más bonita —dijo—. En serio, es más bonita que la que tú has traído. Mírame en el

espejo; Drew, en serio que es más bonita. —Y lo era. La bata de Bundini se veía sospechosamente deteriorada.

Pero Bundini no miró al espejo. En su lugar, fijó la mirada en Alí. Le estaba mirando enfurecido. Enojados, se miraron el uno al otro durante un largo minuto. *Mira* —decía la expresión de Bundini—, *no entorpezcas la sabiduría de tu hombre. He traído una bata que hace juego con mi chaqueta. Tu fuerza y mi fuerza están unidas. Si me debilitas, te debilitas tú. Ponte los colores que he elegido para ti.* Parte de dicha fuerza debía adivinarse en sus ojos. Y, sin duda también, alguna amenaza tácita, porque de repente Alí le propinó un sopapo tan intenso como el disparo de un rifle.

—No te atrevas a volver a hacerme eso —le gritó a Bundini—. Mírame en el espejo —ordenó Alí.

Pero Bundini se negó a mirar. Y Alí volvió a soltarle otro bofetón.

El segundo bofetón fue tan ritual que uno se preguntó si todo aquello no sería algo así como una elaborada ceremonia o tal vez incluso un exorcismo. Resultaba difícil adivinarlo. Bundini estaba tan furioso que no podía ni hablar. Su expresión decía con toda claridad: *Puedes pegarme hasta morir, pero no te miraré en el espejo. La bata que tú has calificado de bonita no es la que te conviene.* Al final, Alí se apartó de su lado.

Había llegado el momento de tomar una decisión acerca de los calzones. Se probó varios. Un par era todo blanco sin adorno alguno, de un blanco tan puro y plateado como las vestiduras sacerdotales del Islam. «Ponte esos, Alí —gritó su hermano Rachman—, ponte esos blancos; son bonitos, Alí, pónelos.» Pero, tras pensárselo mucho, Alí decidió ponerse unos calzones blancos con una franja negra vertical (en efecto, en las fotografías que se pudieron ver más tarde del combate se observaba una franja negra que articulaba todos sus movimientos desde el torso hasta las piernas).

Alí se sentó ahora sobre una mesa situada casi en el centro de la estancia, se puso las grandes botas blancas de boxeo y levantó cada uno de sus pies al aire para que Dundee le rascara las suelas con un cuchillo y las pusiera ásperas. El púgil tomó un peine que alguien le había entregado, uno de aquellos peines en forma de Y, con púas de acero, que los negros utilizan para sus peinados africanos, y se peinó pausadamente mientras le rascaban las suelas de las botas. A una señal de su dedo, alguien le trajo una revista, una publicación zaireña en francés en la que figuraban las listas completas de los combates de Foreman y de Alí. Les leyó los nombres en voz alta a Plimpton y a Mailer, y una vez más hizo hincapié en el número de don nadies con los que Foreman había peleado comparándolos con los famosos púgiles con quienes él se había enfrentado. Era como si necesitara echar

de nuevo un vistazo a la médula de su vida. Por primera vez en todos aquellos meses pareció como si quisiera ofrecer una pública representación del miedo que experimentaba en sueños. Empezó a hablar como si no hubiera nadie en la estancia y como si murmurara las palabras en sueños:

—Flota como una mariposa, aguijonea como una abeja; no puedes golpear lo que no ves —repetió varias veces, como si las palabras se hubieran desvanecido hacía tiempo—. He estado arriba y he estado abajo —musitó—. Sabéis que tengo experiencia —sacudió la cabeza—. Debe estar oscuro cuando le ponen a uno fuera de combate —dijo, contemplando el ogro de la medianoche—. A mí jamás me han noqueado —dijo—. Me han derribado, pero no me han noqueado. Es extraño —gritó, como alguien que hubiera estado soñando y hubiese despertado en la seguridad de que el sueño era una red tejida sobre su propia muerte— que lo obliguen a uno a detenerse —volvió a sacudir la cabeza—. Sí, debe ser muy desagradable esperar a que venga la noche y te ahogue —concluyó, y miró a ambos periodistas con los ojos vacíos del enfermo que acaba de descubrir en el torbellino de su situación algo que ningún médico será capaz de comprender jamás.

Después debió llegar al término de su confrontación con los sentimientos que le habían estado atenazando como la niebla, por que utilizó una

frase que no utilizaba desde hacía varios meses, desde la última vez que tan graves quebraderos de cabeza les había causado a todos los altos funcionarios del Zaire.

—Sí —les dijo a todos en general—, vamos a prepararnos para el rugido de la selva —empezó a gritar a la gente—. Oye, Bundini, ¿vamos a bailar?

Pero Bundini no contestó. La tristeza se había enseñoreado de la estancia.

—Pero, ¿es que no me oís? —gritó Alí—. Vamos a bailar, ¿sí o no?

—Vamos a bailar y bailar —repuso tristemente Gene Kilroy. —Vamos a bailar —dijo Alí—, vamos a baiiii-lar.

Dundee se acercó para venderle las manos. El observador del vestuario de Foreman, Doc Broadus, se aproximó para estudiar la operación. Era un negro bajito y vigoroso de unos sesenta años, que había descubierto a George Foreman en el Job Corps hacía años y que lo había acompañado durante buena parte de su carrera. Broadus era bien conocido en el Inter-Continental por sus sueños proféticos. Había adivinado en sueños los asaltos en que serían noqueados Frazier y Norton. En el caso de Alí había soñado que George ganaría en dos asaltos, pero esta vez no estaba seguro de la predicción. Debía haberse producido algún fallo en el sueño.

Alí se entretuvo hablando con él como si el hombre más importante de la estancia fuera Doc Broadus, encargado de informar a Foreman acerca de los más mínimos detalles de su estado.

Alí lo miró con dureza, y Broadus movió inquieto los pies. Se mostraba tímido ante Alí. Tal vez llevara demasiados años admirando su carrera para poder mirarlo ahora cara a cara con tranquilidad.

—Comuníqueme a su hombre —le dijo Alí en tono confidencial— que más vale que se prepare para bailar.

Una vez más, Broadus movió nerviosamente los pies.

En aquellos momentos, Ferdie Pacheco regresó, furioso, al vestuario.

—No me dejan entrar a ver a Foreman —le dijo a Broadus—. ¿Qué demonios está ocurriendo?— dijo en tono temeroso y escandalizado—.

¡Esta noche vamos a boxear, no a combatir la Tercera Guerra Mundial!

Parecía muy molesto por el trato que le habían dispensado los del otro vestuario. Broadus se levantó rápidamente y salió con él.

Alí se dirigió nuevamente a Bundini.

—Oye, Bundini, ¿vamos a bailar? —preguntó. Bundini no contestó.

—Te he preguntado que si vamos a bailar.

Silencio.

—Bundini, ¿por qué no quieres hablar conmigo? —preguntó Alí a voz en grito, como si la exageración fuera el mejor medio de librar a Bundini de su mal humor—. Bundini, ¿vamos a bailar? —repitió de nuevo, con voz tiernamente festiva—. Sabes que no puedo bailar sin Bundini.

—Has rechazado mi bata —dijo Bundini con su más profunda, ronca y emotiva voz.

—Vamos, hombre —dijo Alí—, yo soy el campeón. Tienes que dejarme que haga algo por mi cuenta. Tienes que concederme el derecho a escoger la bata; de lo contrario, ¿cómo voy a poder ser nuevamente el campeón? ¿Vas a decirme lo que tengo que comer? ¿Vas a decirme cómo tengo que ir? Bundini, estoy triste. Jamás ha habido ninguna vez como esta en que tú no me animaras.

Bundini trató de impedirlo, pero una sonrisa empezó a asomar a sus labios.

—Bundini, ¿vamos a bailar? —le preguntó Alí.

—Hasta el amanecer —contestó Bundini.

—Sí, vamos a bailar —dijo Alí—, vamos a bailar y a bailar.

Broadus había regresado tras conseguir que permitieran a Pacheco entrar en el vestuario de Foreman, y Alí empezó a actuar en su honor.

—¿Qué vamos a hacer? —les preguntó a Bundini, Dundee y Kilroy.

—Vamos a bailar —repuso Gene Kilroy con una triste y amorosa sonrisa—, vamos a bailar hasta el amanecer.

—Sí, vamos a baiiii-lar —gritó Alí y, dirigiéndose a Broadus, añadió—: Dígale que se prepare.

—No pienso decirle nada —murmuró Broadus.

—Dígale que aprenda a bailar.

—Él no baila —consiguió decir Broadus, como si quisiera advertir: Mi hombre tiene cosas más importantes que hacer. —¿Que no qué? —le preguntó Alí.

—Que no baila —repuso Broadus.

—El hombre de George Foreman —gritó Alí— dice que George no sabe bailar. ¡George no sabe baiiii-lar!

—Cinco minutos —gritó alguien, y Youngblood entregó al púgil una botella de zumo de naranja.

Alí ingirió un sorbo, cosa de medio vaso, y miró a Broadus con expresión divertida.

—Dígale que me pegue en la barriga —le dijo.

*El combate*

Norman Mailler

Ed. Contra, 2013



CASSIUS MARCELLUS CLAY  
**Muhammad Ali**  
**El gran desobediente**

---

Fue editado por **CONFIAR** Cooperativa Financiera,  
en Medellín en el año 2016.  
Impreso en los talleres de Pregón S.A.S.



*Volví a Louisville después de los Juegos Olímpicos, con mi medalla dorada resplandeciente. Fui a un bar donde los negros no podían comer. Quería ver qué pasaba. El campeón olímpico mostrando su medalla de oro. Me senté y pedí para comer. Me dijeron: “Aquí no servimos a negros”. Respondí: Está bien, yo no los como. Me echaron. Entonces caminé hacia el río, el Ohio, y tiré mi medalla en el.*

*Muhammad Ali*



[www.confiaf.coop](http://www.confiaf.coop)

ISBN:

